

¿nosotros no lo damos y ofrecemos á nuestro señor *Montezuma* y á nuestros señores los mexicanos? ¿esá, mexicanos, de nos herir y maltratar y dexadnos hablar y oid lo que os queremos pedir. Los mexicanos mandaron cesar la gente, que animosamente peleaba, los quales, oida la señal pararon, baxando las espadas y rodela, cesando las hondas y fisgas y flechas y dardos con que los destruian, y en auiedo cesado, dixeron los mexicanos: decí lo que aueis de decir. Los maceguals dixeron: lo que queremos decir es, que pedimos justicia contra nuestros señores y queremos sean muertos y destruidos y castigados, pues ellos han sido causa de estos males; y mirá, señores, lo que quereis, que nosotros somos los que os tributamos y de nosotros sale todo lo que os dan: mirá lo que quereis, que de nuevo tributaremos, que todo se os dará. Los mexicanos principales dixeron, bien vemos que vosotros no teneis culpa y que vuestros señores os invian á este lugar; ¿por qué no vienen ellos á responder por vosotros y á ofrecerse á la muerte como deuen? Ellos respondieron, aquí vereis como se les da poco por nuestra salud; por tanto queremos que los mateis á ellos y nos dexeis á nosotros. Los mexicanos respondieron: nosotros no traemos autoridad para matar á nadie sino es en guerra: vuestros señores no han parecido en esta guerra ni los emos visto, pero no por eso se escapan, pues vuestras razones y deseo y lo que pedís, se dirá al rey nuestro señor *Montezuma*, y él mandará que se execute lo que nosotros dexaremos ordenado, y luego sin mas dilacion los traed aquí á todos ante nosotros y á muy buen recado.

Los maceguals de aquellas prouincias los fueron á buscar y los hallaron escondidos en unas cuevas y los truxeron maniatados ante el general del ejército. El general los reprendió y afrentó delante de toda la multitud, y mandó á todos los de la ciudad, por mandado público, que presos y á buen recaudo los tuviesen y que mirasen por ellos con tanta solicitud y cuidado y que no se les fuesen, so pena de que los vendrian á destruir otra vez hasta tanto quel Rey *Montezuma* les mandase lo que auian de hacer; y así presos y á buen recado los tuvieron con gente de guardia hasta su tiempo; pero vueltos á los mexicanos los indios cuetlaxtecas, los metieron en la ciudad y los honraron y dieron muy bien todo lo que

auian menester, y los vistieron de mantas y bragueros, y hecho lo que con ellos se podia hacer, los mexicanos mandaron lo que en adelante auian de tributar, conviene á saber: mantas de á veinte brazas, piedras blancas y coloradas, doblado oro y cacao, y plumas excelentes y cueros blancos preciados. Los pobres cuetlaxtecas lo reciuieron mostrando buen semblante y voluntad.

Oydo por los de Tlaxcala cómo los mexicanos auian desbaratado á los cuetlaxtecas con toda su prouincia, cesaron de hacer sus gentes y estuviéronse quedos. Los mexicanos salieron de aquellas prouincias y vinieron á la ciudad de México, y puestos ante su rey le besaron las manos y dixeron cómo toda aquella prouincia quedaua á su seruicio quieta y sujeta con los tributos doblados, como lo auia mandado, y dixéronle cómo los principales quedauan presos y que los maceguals pedian justicia contra ellos, porque ellos solos, por consejo de los tlaxcaltecas, auian sido los autores de aquella rebellion, y que la gente particular y comun no auia sido sauidora de tal hecho, y que los señores auian sido incitados por los tlaxcaltecas, prometiéndoles que les darian favor, y ellos, creyéndolos y confiándose dellos y de su favor, auian hecho aquel mal hecho de matar á los señores y mensajeros reales, negándole los tributos que les deuian como á verdaderos señores, los quales tributos salian dellos y no de los señores y que los maltratauan y tirañauan con mucha crueldad haciéndoles grandes injurias y poniéndoles excesivos tributos, y que todo su oficio era comer y beber á costa del comun, jugar y olgar y placeres y pasatiempos muy ordinarios, y que aquella mala costumbre seria mala de olvidar; que le suplicauan y pedian les hiciese justicia en que fuesen muertos.

*Montezuma* se voluió *aciuacoatl*, *Tlacaelel*,<sup>1</sup> que le auia puesto por renombre y grandeça aquel nuevo ditado que ¿qué le parecia, si se haria justicia de aquellos principales? porque, como eran señores y semejança de los dioses, si se ofenderian en ello ó cometerian algun sacrilegio. *Tlacaelel* respondió que aquellos se auian reelado contra el supremo dios y su semejança y que así

<sup>1</sup> Así en la copia y seguramente en el original, por descuido de pluma. Su lectura propia es, á *Ciuacoatl Tlacaelel*.—*Cihuacoatl* era el título de una dignidad suprema en la milicia y en la administración de justicia. De sus sentencias solo podia apelarse para ante el rey.

merecian castigo: que los macegales pedian justicia y que no se les podia negar; y así mandó *Montezuma* que los degollasen cortándoles el pescueço por detras y no por la garganta, para el qual efecto y execucion de justicia, enviaron á *Cuaunochtli* y á *Tlilancalqui*, QUE ERAN de los mayores oydores del consejo supremo, para que executasen aquella justicia, y así fueron estos dos señores á Cuetlaxtla y executaron esta justicia degollándolos ellos mesmos con unas espadas de nauaja por el çeruigullo, con lo qual los macegales quedaron muy contentos, y luego elixieron otros nuevos señores y juntamente los pusieron un gouernador mexicano que tuviese cuenta de sustentar aquella gente en justicia y los amparase y cobrase los tributos y los enviase á México, y con esto se voluieron los ejecutores de aquella justicia á México y dixeron á su señor cómo la execucion quedaua hecha y todo muy quieto, sosegado y puestos señores de nuevo, muy á la voluntad de la república, y juntamente puesto un gouernador mexicano, del mesmo nombre del muerto, para que tuviese cuenta con amparar á los yndios de los agrauios que sus señores les hiciesen y para traer los tributos que eran obligados á dar. *Montezuma* les dixo, seays muy bien venidos, descansá y aué placer.

Desde á pocos dias vinieron los de Cuetlaxtla á traer su tributo, así el reçagado como el presente, y truxeron muchas riqueças y lindeça de oro, plata, joyas, plumas, piedras, cueros, ropa, culebras gruesas y terribles, cacao, algodón, pescado de muchos géneros de lo que en aquella costa se mata y todo lo que se les auia mandado. Despues de auer ofrecido su tributo ante el rey, le hicieron su plática diciendo: señor, ves aquí lo que con el sudor de tu rostro y fuerça de tu braço as ganado y esta es la racion del dios *Vitzilopochtli* y tambien la merced de tus vasallos, pues lo ganan con la sangre salida de su cuerpo; y pues los que se mostraron contrarios á la corona real deste pueblo ya son muertos, no por eso dexaremos de venirse á servir con lo que tuviéremos, pues ya ellos no tienen que ver con nosotros ni ellos dauan lo que aquí te damos, sino nosotros, y te lo daremos sin ellos hasta la muerte. *Montezuma* se lo agradeció, y saliendo de la presencia del rey fuéronse al templo, y allí llegando ante la imágen de *Vitzilopochtli* puestos en colochi-

llas,<sup>1</sup> tomaron con el dedo de la tierra santa y comiéronla y luego ofrecieron delante del ydolo gran ofrenda de mantas de á veinte braças y de plumas y de algodón, y luego joyas y piedras ricas blancas y coloradas y tomaron algunas de aquellas culebras que traian gruesas y haciéndolas troços las sacrificaron allí. Hecha la ofrenda y oracion luego voluieron á la casa real y fueron muy honradamente aposentados y da-lo todo lo que uvieron menester, y luego vestidos de muy ricas mantas y çinidores. El rey les dixo: hijos cuetlaxtecas, mirá que os tengo en mucho y os amo entrañablemente: estaos quietos y sosegados y no admitais dichos de los tlaxcaltecas, y si ellos quisieren alguna cosa aquí estamos; vengán ellos á pedir lo que quisieren y mirá que os engañan en aconsejaros y prometeros ayuda; y para que lo creais mirá si os ayudaron ó favorecieron. Los cuetlaxtecas se lo agradecieron y partieron muy alegres y contentos de México para su ciudad.

Idos los cuetlaxtecas, el rey mandó llamar á todos los principales de los que auian ydo á la guerra, los mas valerosos y grandes señores, y repartióles todos los esclauos, dando á cada uno, uno y una manta de las de á diez braças y repartiéndoles de todo lo que le auian traido, ecepto piedras, ni plumas, ni coronas de oro, porque aquello no se repartia sino entre el rey y *Tlacaelel* y se guardaua lo demas en los tesoros y hacienda Real. Al rey le cupieron de su parte quince esclauos, y á *Tlacaelel* cinco, con lo qual todos quedaron muy contentos y satisfechos, entregándose todo lo que sobró al tesoro real.

<sup>1</sup> Así en el original, segun el Sr. Vera; mas debe decir "en cuclillas."—Esta era la postura de respeto entre los mexicanos, equivalente á nuestra genuflexion.